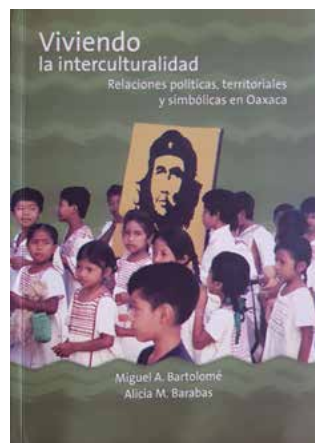


# RESEÑAS

## PLURALISMO E INTERCULTURALIDAD: UNA LECTURA PERSONAL

**Saúl Millán**

Escuela Nacional de Antropología e Historia  
smillan@prodigy.net.mx



**Miguel A. Bartolomé y Alicia M. Barabas**

2016 *Viviendo la interculturalidad. Relaciones políticas, territoriales y simbólicas en Oaxaca*. INAH, Secretaría de Cultura, México, 411 pp.

Debo confesar que no es esta la primera ocasión que tengo el placer de comentar un libro de Miguel Bartolomé y Alicia Barabas, cuya producción editorial ha terminado por convertirme en un lector de tiempo completo de su obra. En los últimos veinte años, en efecto, he sido testigo de una labor antropológica que no deja de producir, porque en el fondo no cesa nunca de interrogarse, a sabiendas de que entre el cielo y la tierra siempre existen más cosas de las que uno imagina en su filosofía. De estos años de lectura, de los que he obtenido numerosas enseñanzas, permanece una imagen plural y sin embargo coherente de una obra que ya abarca más de veinte libros y un centenar de artículos, sin que entre unos y otros medie una ruptura total pero tampoco una continuidad monótona y repetitiva.

Lo primero que sorprende en la obra de Alicia Barabas y Miguel Bartolomé es la variedad de temas y problemáticas; lo segundo, la unidad de propósito. Desde sus primeras aproximaciones al mundo indígena mexicano, los autores han transitado por la construcción de presas en la Chinantla, la guerra de castas en Yucatán, la identidad étnica de los chatinos, los sistemas parentales en Oaxaca, los movimientos milenaristas y, de unos

años a la fecha, las cosmovisiones indígenas y sus posibles destinos. Esta variedad de temas y problemáticas no oculta, sin embargo, la unidad de un propósito esencial, gestado a lo largo de cuarenta años, que acaso consiste en mostrar los atributos que definen a los pueblos indígenas. Mucho antes de que la antropología posmoderna advirtiera que la descripción etnográfica es una representación sobre los demás, los trabajos de Alicia Barabas y Miguel Bartolomé habían puesto de manifiesto la distancia que separa a las concepciones indígenas de nuestras propias representaciones, generalmente basadas en un desconocimiento de los protagonistas.

*Viviendo la interculturalidad*, el nuevo volumen que los autores nos entregan bajo el sello del INAH, busca cerrar nuevamente esa distancia. La docena de ensayos que lo integran refleja una vez más la diversidad temática y la unidad conceptual, pero también exhibe un esfuerzo adicional por contribuir a un debate que involucra a dos tipos de interlocutores: los pueblos indígenas oaxaqueños y las agencias civiles, académicas y gubernamentales que constantemente interactúan con ellos. En las últimas décadas, este debate se ha efectuado en el marco de un pluralismo cultural que ha pasado de ser una situación de hecho para convertirse en una situación de derecho. A partir de las reformas legislativas de 1995, que elevaron los “usos y costumbres” a rango constitucional, Oaxaca se convirtió en el emblema de las políticas multiculturales sin advertir, en el fondo, que el propio concepto de “multiculturalismo” resulta hoy en día problemático. Como observó Homi Bhabha, a principio de los noventa, el multiculturalismo presupone la idea de una cultura central que establece las normas con relación a las cuales deben posicionarse las culturas minoritarias, de tal manera que un marco normativo externo define los límites de la variación cultural. En muchos países de América Latina, sobre todo en aquellos en los que está consagrado el constitucionalismo multicultural, los pueblos indígenas han emprendido una lucha para controlar las decisiones sobre cuáles de sus saberes y prácticas deben ser objeto de traducción, evitando que los saberes y las prácticas de la “sociedad mayor” definan de antemano los términos de esa traducción.

Un ejemplo significativo, para mencionar tan sólo un caso entre otros posibles, son las reiteradas denuncias de “venta de mujeres” que la presidenta de la Mesa Directiva de la Legislatura oaxaqueña atribuía a las poblaciones triquis de la Mixteca Alta, argumentando que los “usos y costumbres” no debían encubrir ese tipo de atentados contra los derechos humanos. Sin embargo, como hace notar Miguel Bartolomé en uno de los capítulos de la obra, la supuesta venta de mujeres tiene sentidos muy diferentes a los que se perciben desde el exterior, ya que en el fondo está relacionada con los sistemas de reciprocidad que definen a los intercambios matrimoniales bajo la figura de “pago de la novia”.

De acuerdo con sus términos, las sociedades nacionales definen los límites de la variación sin tomar en cuenta que el verdadero objeto de una sociedad multicultural consiste en deconstruir la idea de una sociedad homogénea y, sobre todo, la noción de una unidad cultural que dio origen a los estados nacionales. Por esta razón, Miguel Bartolomé y Alicia Barabas proponen distinguir la noción de multiculturalismo, asociada en algunos casos a las políticas neoliberales, de la noción de “pluralismo cultural”, más adecuada para referirse a la diversidad étnica en estados nacionales donde existen pueblos originarios. Este proceso, hasta donde logro seguir el argumento de los autores, no sólo reside en proponer un diálogo con las culturas que anteriormente se reprimían, sino en advertir que los participantes del diálogo intercultural deben tomar conciencia de su propia cultura, considerando que no es ni universal ni la única alternativa posible. Para decirlo en palabras de los autores, no sólo los indígenas requieren de una educación intercultural, sino también los funcionarios y académicos que confunden la venta de mujeres con el “pago de la novia”.

Bajo la sombra del multiculturalismo, los mecanismos de la traducción colonial se han vuelto sin duda más refinados que antaño, pero no dejan de exhibir la vocación etnocéntrica que caracterizó a los primeros colonizadores. Un ejemplo de esta tendencia puede encontrarse en el artículo de Alicia Barabas, una de las joyas del volumen, que aborda las modificaciones inducidas por la teología india en la cosmovisión de los mazatecos. Con ánimo de historiadora, y comparando los documentos disponibles, Alicia Barabas muestra que el relativismo cultural de la nueva teología terminó por sesgar las interpretaciones a favor de una visión cristiana del universo en la que numerosos elementos de la cosmogonía local terminaron por suprimirse, ya que resultaban de alguna manera incompatibles con los principios cristianos que se trataba de inculcar. En efecto, a pesar de que la teología india profesaba cierto relativismo, considerando en su empresa la espiritualidad nativa, el resultado fue un discurso en el que la imagen de la esfera celeste se asemeja más a la cosmología nahua que a las propias concepciones de los mazatecos, cuyas deidades quedaron reducidas a figuras benévolas y protectoras, semejantes a las figuras del santoral. De esta manera, la intervención de la teología india en la cultura y la religión mazateca terminó por convertirse en un acto de evangelización etnocida, llevado a cabo mediante estrategias más sutiles que las empleadas por la propia Iglesia oficial.

La influencia de esta perspectiva teológica ha tenido en Oaxaca diversas repercusiones. Miguel Bartolomé y Alicia Barabas se preguntan en efecto si el nuevo discurso sobre la comunalidad indígena no está en el fondo sustentado en la antigua Teología de la Liberación, y particularmente en la propuesta de Comunidades Eclesiales de Base, que constituían la expresión social de un discurso religioso. De acuerdo con esta concepción, la vida en comunidad se presenta como un componente común y un valor central en todos los grupos etnolingüísticos locales y mesoamericanos, aun cuando numerosos estudios han demostrado que estas formas de reivindicación nativa, basada en la espiritualidad indígena y en el comunitarismo integrador, ya estaban presentes en los movimientos panindios que tuvieron lugar en Estados Unidos durante la década de los sesenta. En este, como en otros casos, opera a menudo la imagen de un indio genérico, diseñado de acuerdo con parámetros externos que buscan a toda costa la unidad ideológica, de la misma manera que los antiguos nacionalismos buscaban en cada nación la unidad cultural.

Libro polémico, que no evade los debates contemporáneos en torno al multiculturalismo y el diálogo intercultural, la última obra de Bartolomé y Barabas se nos presenta como una síntesis reflexiva, una especie de balance general sobre aquellos temas en los que no han dejado de reflexionar a lo largo de cuarenta años, como si los autores quisieran dejar constancia de su posición en torno a la sociedad oaxaqueña y los pueblos indígenas que la componen. El lector podrá encontrar en el volumen temas novedosos, pero también problemáticas que a ambos autores les han sido recurrentes. Entre ellas, por supuesto, destaca el tema de las presas. En alguna parte, Miguel Bartolomé confesaba que su vida ha estado ligada a esas construcciones espectaculares, que en más de una ocasión han marcado el destino de sus estudios antropológicos. No es fortuito, por lo tanto, que el libro se cierre con un capítulo emblemático, dedicado a examinar los efectos de la presa Cerro de Oro, cuarenta años después de que los autores realizaran el primer estudio etnográfico sobre los chinantecos desplazados. Curiosamente, el círculo se cierra justo donde inició, en esa zona de la Chinantla donde una pareja de jóvenes antropólogos tuvieron su primer encuentro con el indigenismo mexicano. Aunque la Comisión del Papalopan vaticinaba para entonces que los indígenas habían ingresado en proceso de cambio, pasando de la vida tribal a la vida civilizada, el balance posterior indica que las promesas civilizatorias del proyecto nunca se cumplieron. Hasta la fecha, en

efecto, no hay beneficiarios de ese ambicioso programa regional, sino tan sólo víctimas y desplazados que hoy se cuentan por millares.

Desde la perspectiva de los autores, la presa Cerro de Oro es emblemática porque resume la historia de tantos pueblos afectados por la visión externa que de ellos se tiene. El resultado es por lo tanto un panorama empobrecido donde la migración se ha incrementado, la lengua indígena se ha reducido a su mínima expresión y la antigua tradición política, basada en sistema de cargos, ha dejado de ser operativa para un conjunto de comunidades que han perdido su autonomía.

Si pocos investigadores tienen la fortuna de efectuar un balance de los hechos que ellos mismos han examinado, los autores entienden que ese privilegio conlleva a su vez una obligación. Aunque el libro no es un compendio de denuncias, intenta sin duda ser un testigo cercano de ese etnocidio inconsciente que en su momento produjo el desarrollo estabilizador. “Podemos decir, advierten nuestro autores, que a lo largo de cuarenta años hemos aprendido mucho, aun cuando la mayor parte de lo que hemos aprendido no nos hubiera gustado conocerlo”. La única solución, acaso, era reunir en este libro todo aquello que se ha aprendido, con el fin de que la historia no repita nuevamente los mismos errores.